



XIX.

DESPUÉS DE LA VICTORIA.

1582-1583.

Tremendo castigo.—Señores franceses degollados por sentencia, considerándolos piratas.—Huida del Prior de Crato.—Llegan las flotas en salvamento.—Segunda jornada.—Desembarco y batalla en la Tercera.—Nuevos triunfos.—Sumisión completa de las islas.—Naves y artillería apresadas.—Entrada triunfal de la armada en Cádiz.—Muerte de Sancho Dávila.



A la amanecer el 27 de Julio, como no quedaran dentro del círculo del horizonte más naves que las españolas, habiendo conseguido «una de aquellas victorias maravillosas que señalan rara vez los siglos para perpetuar la memoria de los insignes capitanes y glorificar á sus naciones con el recuerdo de sus nombres» ¹, hicieron por la isla de San Miguel, bordeando con viento flojo y mar gruesa que molestaba grandemente á los heridos, en obsequio de los cuales, por no dilatar el alivio, no habiendo, por las contingencias referidas, médicos ni medicinas en la armada, fondearon el 30 en Villafranca. El siguiente día se hizo el desembarco con trabajo por las malas condiciones de la playa batida del oleaje, empezando, sin pérdida de minuto, á rellenar la aguada y recorrer los aparejos averiados en el combate. A la vez se ocupaba el Consejo de guerra en el juicio de los prisioneros, cuya excepcional condición de-

¹ Don M. Fernández de Navarrete, *Vida de Cervantes*.



seaba el Marqués quedara bien dilucidada, acusándolos de enemigos del reposo y bien común, perturbadores del comercio, fautores de los rebeldes de S. M. y, como tales, rebeldes á más de piratas y robadores, con abuso de la bandera de una nación con la que España mantenía relaciones de paz y amistad.

En las defensas dijeron que no eran piratas, sino de buena guerra, y que con despachos del Rey cristianísimo armaron los navíos; mas el Marqués, dando por falsos los documentos que presentaban y ateniéndose á las instrucciones de ambos Monarcas, cristianísimo y católico, en cuanto al modo de tratar á los piratas, firmó sentencia con consulta de auditor letrado y oportunos considerandos, por castigo de tan gran delito «y ejemplo de los que lo supieren, vieren y oyeren», de ser públicamente degollados los 28 señores y 52 caballeros presos, y ahorcados los marineros y soldados, siendo de más de diez y ocho años de edad; sentencia que se cumplió inexorablemente el día 1.º de Agosto en la plaza de Villafranca, desembarcando un Maestre de campo con cuatro compañías y banderas para hacerlo con aparato, añadiendo el espantoso espectáculo de colgar á los marineros en las vergas de los navíos.

Mientras los sucesos de San Miguel é inmediaciones, el Prior de Crato, por no presenciar la batalla de que pendía su fortuna, se había hecho llevar á la Tercera, entrando en la capital con aires de rey. La derrota de la armada francesa le sorprendió entre fiestas que, naturalmente, se aguaron. Embarcó en las naves fugitivas, llegando á Francia con 18, que también desengañaron al público, entre el que había circulado la falsa noticia del vencimiento de los españoles; y tal indignación se produjo, que á gritos pedían venganza y declaración de guerra.

Volviendo á San Miguel, contrariaron mucho al Marqués de Santa Cruz los temporales, inquietándole además la tardanza que causaban á Juan Martínez de Recalde con la armada de Andalucía. Éste llegó el 9 de Agosto con 15 naos de su mando, las dos urcas flamencas que se habían separado



de D. Álvaro la vispera del combate y dos más de las rezagadas; y sumando á la fecha los días que necesitaba para reponerse, y á las circunstancias la de no contar con las galeras ni las barcas chatas necesarias para el desembarco, pensó don Álvaro no ser prudente la expugnación de la Tercera aquel año. Lo que hizo fué separar los navíos pesados é ir con 40 á cruzar sobre la isla del Cuervo, la más occidental del grupo, con la fortuna de encontrar á las tres flotas esperadas de las Indias y de escoltarlas sin ningún accidente hasta las costas de la Peninsula.

El 15 de Septiembre subió por el Tajo al puerto de Lisboa, presenciando el Rey y su corte la entrada de los bajeles engalanados con flámulas, que le rendían homenaje á compás del estampido de los cañones y la salva de las voces. Aquella felice y victoriosa armada, con el trofeo de la Capitana enemiga, trata por fruto de la campaña júbilo á los leales, lección á los indecisos, reputación á las armas y gloria á la nación, que la celebró con fiestas cívicas y religiosas.

Quedó determinada desde el momento mismo la repetición de la jornada para la primavera siguiente, y hasta se fijó el 10 de Febrero con aquella seguridad con que se hacen por lo común los presupuestos, pues trabajando mucho fué difícil acabar los preparativos para igual día del mes de Junio. Verdad es que tenía la armada ahora más requisitos, componiéndola dos galeazas, 12 galeras, cinco galeones, 31 naves, 41 pataches, zabras y carabelas, y las barcas chatas que habían de ser llevadas á remolque, midiendo galeones y naves solos 20.217 toneladas, y conduciendo todas 6.531 hombres de mar y remo. La infantería ascendía á otros 8.841; y contando 2.600 de los que quedaron en la isla de San Miguel, se elevaba el total á 15.372 hombres, con destino á los cuales se habían embarcado víveres para seis meses. Además iban muchos caballeros particulares con sus criados.

La plana mayor general del Marqués de Santa Cruz formaban, como la vez anterior, los generales de mar Eraso y Martínez de Recalde; los de tierra Figueroa y Bobadilla, y á más D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, D. Pedro de



Padilla y D. Juan de Sandoval; por jefe de los alemanes, el conde Jerónimo de Lodron; de los italianos, Luis de Pignateli; de los portugueses, D. Félix de Aragón ¹.

Las instrucciones reales, extensas y prudentes, comprendían los casos que pudieran ocurrir; recomendaban preferentemente el combate de armadas enemigas si las encontrara, acabando con esta frase: «Porque de acá no se puede dar regla cierta.....; sólo os acuerdo lo que importa á estos reinos, y á la reputación mía y vuestra, acabar esto de una vez, y que de lo que va y de quien lo lleva á su cargo lo espero yo así.»

El 23 de Junio, habiendo visitado la Capitana el Archiduque Alberto, gobernador del reino de Portugal, empezaron á desembocar el Tajo los expedicionarios, asistiendo inmenso concurso al espectáculo de movimiento de más de cien bajeles empavesados. Fijaba sobre todo la atención de los inteligentes el enorme porte de dos galeazas recientemente construidas en Nápoles, procurando reunir en la nueva forma del vaso las condiciones de resistencia de la nao con las de ligereza de la galera, y usar de la doble impulsión de vela y remo, según las circunstancias. Las bellas artes habían contribuido al adorno de tan hermosos bajeles, sin distraer la vista de las 50 piezas de bronce dispuestas en los costados y la proa para la destrucción.

Destacadas las galeras con orden de navegar independientemente bajo el mando de D. Diego de Medrano, llegaron con felicidad á la isla de San Miguel el 3 de Julio, once días antes que el resto de la armada, sirviendo para embarcar el tercio de Agustín Íñiguez, la artillería de batir, carros y mulas.

Los vecinos de la Tercera habían fortificado los puntos accesibles de la isla, que no son muchos; tenían armados y en disciplina unos 9.000 hombres, sosteniéndolos el cuerpo de 3.100 franceses mandados por Mr. de Chaste ², gentilhombre

¹ Incluye relaciones completas el libro citado *La conquista de las Azores*. Entre los caballeros asistieron Baltasar de Alcázar, poeta, músico y pintor, de todos conocido por su famosa composición *La Cena*, y Rodrigo de Cervantes, hermano del autor del *Quijote*, que se distinguió, siendo el tercero que puso el pie en tierra.

² Chatres y Chiatre en nuestras relaciones.



de cámara del Rey de Francia, comendador en la Orden de San Juan, gobernador de la ciudad y castillos de Dieppe y Arques, hermano del Duque de Joyeuse ¹, favorito de Enrique III; cuerpo distribuido en la dicha isla Tercera y la del Fayal. Catorce navíos armados y 100 piezas de artillería gruesa constituían con la infantería el socorro aprontado por Catalina de Médicis: el de la reina de Inglaterra no se extendía tanto, reducido á una compañía de 200 soldados y á la autorización á D. Antonio para entenderse privadamente con sus súbditos en el armamento de corsarios.

Empleó la armada cuatro días en trasladarse desde la isla de San Miguel la Tercera por vientos contrarios, llegando unida el 23 de Julio á vista de la ciudad de Angra. La Capitana se acercó al castillo de San Sebastián, fondeando en 60 brazas á tiro corto de cañón; así las baterías rompieron el fuego, sin contestarlo más que las galeras. Inmediatamente salieron á reconocer Miguel de Oquendo y Marolín de Juan, capitanes á los que el Marqués confiaba siempre las comisiones delicadas.

La vispera de Santiago hicieron al anochecer gran salva los galeones, pasando parte de la noche en disparar cohetes y en otros entretenimientos que no acertaban á comprender los de la isla, teniendo atrasada en diez días la cuenta de su tiempo por no haberle aplicado todavía la corrección gregoriana adoptada en los dominios de España el año anterior por pragmática que suprimió los días comprendidos entre el 6 y el 15 de Octubre. La diversión de la gente se prolongó, simulando ataque por varios puntos, con alarma y división de los defensores.

Lejos de elegir D. Álvaro para el desembarco el lugar de mejor y más extendida playa, por que con comodidad y de una vez acometieran las embarcaciones menores á dar paso á los soldados, se fijó en una caleta pequeña y mala, llamada *das Molas*, juzgando que por más difícil estaría menos guardada, como generalmente sucede, y que había de ser por

¹ La Joyosa, en nuestras relaciones.



tanto menos peligroso vencer la dificultad de los escollos que los reparos de fortificación. Véase en este punto un fuerte y no escasas trincheras; pero encontrándose aproximadamente á la mitad de la distancia entre las poblaciones de Ángra y Praya, que por principales tenían concentrada la mayor parte de la fuerza de infantería y caballería, el socorro tenía que ser por necesidad lento, dando tiempo á una vigorosa acometida y á que estuviera en tierra parte considerable del ejército.

Con este propósito ordenó los preparativos del desembarco, mandando hacer pavesadas y parapetos en la proa de las galeras, distribuir ordenadamente la gente en las barcas chatas, lanchas y botes, prevenir repuesto de municiones y de agua en barriles portátiles; ración para tres días, que llevara el soldado en el saco; dispuso sección de gastadores con herramientas y sacos á tierra, no satisfaciéndose hasta ver por sí mismo que todo se había ejecutado y sabía cada cual su cometido.

A prima noche empezó la colocación de la tropa en las embarcaciones, con prevención de guardar profundo silencio, y serían las dos de la madrugada cuando arrancarón las galeras, remolcando cada una un rosario de lanchones, pinazas y pataches atestados; como que llevaban de primera intención 4.000 hombres.

Tan bien calculado estuvo el tiempo, que cuando por el horizonte se notaba la claridad precursora del día, día 26 de Julio, doblemente solemne por aniversario de la victoria naval ganada á los franceses, saltó la primera gente con ímpetu y de improviso, aunque la resaca y las lajas en que chocaban las embarcaciones hacía sobremanera difícil y arriesgada la operación.

No se descuidaban los de tierra; desde el momento en que distinguieron los bultos rompieron el fuego de artillería y mosquetes, ocasionando algunas bajas, pocas relativamente á las que pudieran hacer, no siendo sorprendidos en aquella hora en que se arrimaron los botes debajo de los cañones, mientras las galeras los cubrían con los suyos. Con esto se abrevió el desembarco, saltando de piedra en piedra sor-



teando las olas, ó echándose al agua así que podía hacer pie, ayudados unos de otros.

No se sabe cómo, siendo las trincheras derechas, sentadas sobre piedra y de más altura de media pica, subieron algunos soldados sin escalas; pasmosa agilidad en hombres cargados con el peso de las armas, los morrales y la ropa mojada.

Desembarcó en esto el Marqués de Santa Cruz, animando con su voz conocida á los asaltantes. Dos compañías de portugueses y otra de franceses huyeron, viendo muerto su jefe tras gallarda pelea: en menos de una hora se habían hecho dueños los españoles de todas las trincheras; cierto no se ganaron sin sangre.

Ocupado aquel fuerte, esperando de un momento á otro las tropas de Angra y Praya, avisadas con humazos en las alturas y el toque de rebato de las campanas, se deshizo la confusa agrupación de soldados formada de momento, tomando cada cual su puesto por naciones y cuerpos con tan buen orden, que al asomar las avanzadas enemigas se hallaban en tierra escuadronados los 4.000 hombres de la primera barcada, con grandes guardias en los caminos. Los franceses no se determinaron á atacarles en aquella formación; eligieron en defensiva una colina cercana á San Sebastián, preparando lugar á la batalla, con lo que dieron más tiempo al Marqués para hacer el segundo desembarco á cambio de las ventajas de la altura y de un campo cortado por cercas y zanjas.

Empezaron la acción las mangas de arcabuceros, siguiéndose por todo el día con varia fortuna y sin resultado decisivo. La infantería resistió diez y seis horas sin descanso, trepando cerros, salvando vallas ó cruzando cañadas. Con el fresco de la madrugada ganó ocho piezas de campaña al enemigo, corriéndose hasta la villa de San Sebastián, distante seis millas de Angra; desde aquel momento se inició la retirada de los franceses y la huída en desorden de los naturales, que no eran por obligación soldados, con otra diferencia: los primeros se encaminaron hacia la montaña de Guadalupe, donde



había posiciones fortísimas; los otros corrían á la desbandada en demanda de sus casas y haciendas por librar algo de ellas. El Marqués no consintió por esto que la formación se alterase; siguió á buen paso camino de la capital, ordenando que simultáneamente con el ejército por tierra atacaran por mar las naves, haciéndolo principalmente las galeras.

No hubo la resistencia que se esperaba, ni por una ni por otra parte; nuestra vanguardia entró poco después de medio día en la ciudad, mientras en el puerto hacía otro tanto la gente de la armada, con gritos de júbilo y vivas de unos á otros. Tres días de saco resarcieron sus trabajos, dando terrible castigo á la obstinación de los rebeldes en la hacienda, no en la vida.

Hecho inventario de lo ganado, resultaron 44 fuertes con 300 piezas de artillería, algunas con la particularidad de tener esculpidas juntamente las armas del Rey cristianísimo y las del Gran Turco. De la armada de Francia á las órdenes de Mr. de Chaste se ocuparon 14 naves, cuatro francesas y dos inglesas, corsarias; todas las de una escuadrilla de carabelas que el Prior de Crato había mandado á saquear las islas de Cabo Verde, represando algunas vizcaínas y castellanas, con más de 90 cañones en todas.

Desde Angra despachó D. Álvaro de Bazán seguidamente á D. Pedro de Toledo, con las 12 galeras, 20 pinazas y 2.500 infantes, á la isla de Fayal, segunda en el cuidado por tener también guarnición extranjera y fuertes bien artillados.

Don Pedro tocó primeramente en las de San Jorge y del Pico, que se sometieron sin resistencia. La del Fayal la hizo con bárbaro desprecio de las leyes de la guerra, dando muerte al parlamentario que llevó la intimación. Defendió bizarramente las alturas la tropa francesa antes de que los nuestros llegaran á la fortaleza, mas tuvo que capitular á condición de respeto á las vidas, entregando seis banderas y 16 piezas de artillería.

Después aviniéronse asimismo los de la Tercera á capitu-



lar, sabiendo que no serían tratados como los de la armada ¹, que en tal caso resistieran hasta morir, y rindieron las armas con banderas, cajas, pifanos y almacenes militares, quedando en prisión 2.200 franceses y 1.800 portugueses ², debiendo ser transportados á su país los primeros en naves españolas, desembarcándolos en Fuenterrabia, con excepción de los que se tomaron con las armas en la mano en la batalla, sentenciados á galeras, y de un Pedro de la Cruz, montañés, mal español, pirata, que en Veragua y río de Chagres había cometido atroces crímenes asociado de ingleses y franceses. Aunque sentenciado á horca, se embarcó en la armada para sufrir el castigo en Sevilla, á vista de las flotas de Indias ³.

Antes que cambiara la estación despachó D. Álvaro de Bazán para España las galeras, enviando al Rey cartas, relación y recaudos de la nueva victoria. Su secretario llevaba los documentos reservados, inclusa la correspondencia de los reyes de Francia. Para Gobernador general de las islas designó á Juan de Urbina, sobrino del famoso capitán de su nombre: organizó la administración, nombrando corregidor, jueces y alcaldes portugueses honrados, determinándolo todo tan brevemente que el 17 de Agosto navegaba con toda la armada hacia España, dejando despachado aviso á las Indias de poder en lo sucesivo venir las flotas á la escala y refresco ordinario.

El glorioso galeón *San Martín*, adornado con trofeos

¹ Las instrucciones reales lo consentían en esta cláusula: «Si hubiere en la isla Tercera y ciudad de Angla gente extranjera que se haya metido en ella para su socorro, haréis ahorcar á todos, como son franceses ó ingleses; y si los naturales de la dicha isla ó ciudad se reducieren ó rindieren, y pidieren ó sacaran por partido que los dichos franceses ó ingleses salgan libres, haréis en esto, según el estado de las cosas, lo que viéredes más conveniente á mi servicio y el bien de la empresa, que yo os lo remito.» Los que se interesaron por los extranjeros fueron D. Pedro de Padilla, D. Lope de Figueroa, el Conde de Lodrón y otros caballeros españoles.

² En las relaciones no se hace mención expresa de las dos compañías de ingleses.

³ Se cumplió la sentencia en la galera *Leona*, dándole garrote y colgándole por un pie de la entena después de muerto. En la popa se puso cartel, en que se referían sus delitos.—Mosquera de Figueroa, *Comentarios de disciplina militar*, folio 124.



de los enemigos, arrastrando por el agua 46 banderas conquistadas ¹, entró en la bahía de Cádiz el 13 de Septiembre seguido de las naves, que sufrieron temporal en el viaje. El Rey llamó á la corte al insigne Marqués de Santa Cruz, le recibió con agrado, mandándole cubrir en su presencia como grande de España; instituyó para su persona el cargo de Capitán general del mar Océano, y otorgó proporcionadas mercedes á los que á sus órdenes hicieron la conquista de las islas Terceras.

Vino á mezclarse con la alegría del pueblo por el suceso que acababa de unificar la Monarquía peninsular el sentimiento de una pérdida personal de difícilísimo reemplazo: murió de accidente en Lisboa, el 8 de Junio, el capitán hechura del Duque de Alba, á quien apellidaban los soldados *Rayo de la guerra*, el héroe anfibio de Zelanda, Sancho Dávila ².

Amargaron asimismo las buenas nuevas importantes alcanzadas de los berberiscos en Cadaqués, Palamós, San Feliú (1582), en las Peñas de Elvir é isla Cabrera (1583).

¹ En escritura de acrecentamiento de mayorazgo, hecha por D. Álvaro de Bazán en 15 de Noviembre de 1584 (*Boletín de la Academia de la Historia*, t. xxvi, folio 389), incorpora los trofeos ganados en las islas Azores á los de otras batallas, y enumera el estandarte real de damasco carmesí con las armas reales y la figura del apóstol Santiago que llevaba en la popa del galeón *San Martín* el día de la batalla naval sobre la isla San Miguel; las armas y rodela fuerte de Felipe Strozzi; el estandarte real de seda y tafetán blanco que le dió el rey Enrique III de Francia; las armas de Mr. de Chaste; 60 banderas de infantería francesa y portuguesa; dos binables de Mr. de Chaste y Mr. de Garamba; el bastón de Capitán general del Conde de Torres Vedras; cuatro fanales, de la Capitana del rey de Francia, de la Capitana de Portugal, de la de Hassán Bajá y de la de Hassán Chiribí; las cajas, atambores y pífanos; 200 mosquetes, 200 arcabuces y 200 picas que separó de entre las armas entregadas, y otros muchos objetos, arneses y espadas de su persona, tapices, muebles ricos, etc.

² No hicieron mella en su cuerpo los proyectiles enemigos, y le mató en Portugal la cox de un potro que estaban herrando, no cumplidos sesenta años de edad. El cuerpo fué trasladado á Ávila, su patria, dándole sepultura en la capilla mayor de la iglesia de San Juan Bautista, y adornándola con trofeos de banderas ganadas por él y con escudo de armas en que mandó poner ancla y bastón, como general de mar y tierra. Jerónimo Manuel Dávila, su deudo, compuso un libro titulado *El rayo de la guerra. Hechos de Sancho Dávila*. Valladolid, 1713, y el Marqués de Miraflores, descendiente asimismo, otro: *Vida del general español Sancho Dávila y Daza, conocido en el siglo XVI con el nombre de «El rayo de la guerra»*. Madrid, 1857.